



DE LA VIDA INQUIETA

¡Yo he visto pasar su entierro!...

Solemos hablar despectivamente de las tonterías de la Moda..., sin comprender que la moda es algo enigmático y fatal; el verbo de una época; una fuerza nacida misteriosamente del alma ingente de las muchedumbres y que, de pronto, desde todos los extremos del horizonte a la vez, se alza semejante a un inmenso soplo de viento, y silenciosamente barre y se lleva las cosas; todas las cosas!... Trajes, costumbres, muebles, arquitecturas, prestigios artísticos...

Lo que ayer era objeto de maravilla y entusiasmo, hoy ya no gusta. ¿Por qué?... —Es que «ha pasado» la moda — nos dicen.

Esa figulina de labios pintados, que enseña audazmente el escote en los palcos de los grandes teatros, y corretea medio desnuda sobre el oro de las playas en boga, es mucho más que un entretenimiento de modistos. La Moda es la sonrisa del tiempo; el abanico de plumas con que el padre Cronos roe los cimientos de las torres y hace palidecer los dioses en sus altares. La Moda es un miasma que el aire empuja de un lado a otro, y contra el cual nadie podría luchar.

Y ese miasma que debemos bendecir, porque la renovación y el progreso viajan con él, ha invadido Sevilla y transformado su alma. Yo lo comprendí al volver a esta capital, donde pasé mi infancia. La Sevilla monumental y pintoresca no ha cambiado: la Catedral, el Alcázar, el Archivo de Indias, las murallas romanas, la puerta de D. Fadrique, el barrio maravilloso de Santa Cruz... Todo sigue igual. Únicamente el espíritu—el espíritu, más fuerte que el granito y el hierro!—es otro.

La Sevilla clásica, la que Bizet y Albéniz llevaron al pentágono, se ha extinguido suavemente en la dulzura del recuerdo, tal que un aroma que se fué poco a poco. La Sevilla actual madruga, trabaja, habla de operaciones bursátiles y pide un puesto en la batalla mercantil del mundo. En la famosa calle de las Sierpes la gente ya no se detiene, como antes, sino que camina; los sevillanos de hoy no necesitan, como los sevillanos de

LA REINA Y LA PRINCESA BEATRIZ, EN LA VISITA AL HOSPITAL DE SAN JOSÉ Y SANTA ADELA (Foto Alfonso.)

ayer, detenerse para hablar. Los toros se van, y con ellos declinan los mantones filipinos, y la majeza de los hombres, y el alborozo de los bailes andaluces, y la ruidosa alegría de las tartanas... La capa ha desaparecido.

Entramos una tarde varios amigos en un *colmado*, inmediato a la plaza de San Francisco; pedimos manzanilla y pescado frito, y uno de nosotros quiso cantar malagueñas: la copla, que parecía hacerle cosquillas en la garganta, vibró limpia, doliente...

El camarero que nos servía acudió en seguida a decirnos, de parte del dueño, que estaba prohibido cantar. ¡Oh, sorpresa!

—¿Por qué?—exclamamos.

El sirviente sonrió y se alzó de hombros; él ignoraba la causa remota, la razón de psicología colectiva que impedía cantar aires andaluces en una taberna sevillana. Él conocía únicamente la prohibición; su origen escapaba a su perspicacia; era con exceso prolijo y estaba demasiado alto...

Me ha sorprendido no ver aquellas mulas y, más aún, aquellos burros, sobre cuyas ancas, especialmente, las habilitadas tijeras de los gitanos esquiladores realizaban verdaderos prodigios decorativos. Los amigos a quienes comuniqué mi observación me dijeron:

—¡Sí, es verdad!... Ya no es costumbre...

Y hablaron tranquilamente, sin advertir que estas palabras sencillas envolvían un epitafio.

La plaza de San Fernando, que vigila de noche, semejante a un ojo espía, la esfera luminosa del viejo reloj del Ayuntamiento, es un espacio cuadrangular, circundado por una triple fila de palmeras que la sahuman de suave nostalgia. Un hecho interesante: antaño, alrededor de la plaza de San Fernando había tres hileras de bancos; ahora sólo quedan dos...; lo que parece decirnos que la proverbial indolencia sevillana ha disminuido en una tercera parte.

En esa plaza, sobre la cual se abren los dos balcones de mi cuarto, todas las mañanas juega un grupo numeroso de niños. ¿Al toro, como los muchachos que fueron al Instituto conmigo? No. ¿Al marro?... ¿A piola?... Tampoco. Esos esparcimientos pueriles pasaron también. Los niños que ogaño corretean bajo las palmeras moriscas de la plaza de San Fernando, juegan al *foot-ball*.

Mientras sobre el minúsculo escenario del *Kursaal* el llamado género *flamenco* agoniza lamentablemente, las sevillanas aprenden a bailar el *fox-trot*, y los niños—es decir, los hombres de mañana: la Sevilla futura—juegan al *foot-ball*...

Y es la Moda, el virus incoercible, el microbio sin fronteras de la Moda, quien realiza este milagro doloroso, sin duda, pero saludable, de llevarse lo viejo.

La Sevilla mía, la Sevilla de mis años niños, ha muerto. Ayer tarde, por la calle de Rioja, vi pasar un entierro. Detrás del coche fúnebre caminaban unos señores, con sombreros modernos y gabanes ingleses, y luego una hilera de automóviles...

Y yo consideré que el alma de la antigua Sevilla iba allí, en aquella caja; y, a pesar de mi resuelto amor a lo nuevo, sentí una emoción acre de despedida y una humedad en los ojos.

Eduardo ZAMACOIS

Sevilla, diciembre.

COMENTARIOS

La Asamblea del profesorado normal

La reunión celebrada en Madrid por los profesores de las Escuelas Normales los días 20 al 23 del corriente, supone, para el simple espectador, un paso adelante en relación con la Asamblea organizada el año anterior por aquellos funcionarios. Lo supone por la concurrencia numerosa, el entusiasmo de las discusiones y, sobre todo, por la orientación de varias de las conclusiones acordadas. Aunque éstas no han recibido todavía la estructura y sistematización necesarias, podemos ofrecer ya las más interesantes, conforme han salido de las deliberaciones más o menos apasionadas. Son las siguientes, en el mismo orden en que han sido votadas:

Federación del profesorado normal con el de las demás Escuelas profesionales, por una parte, y con los maestros e inspectores, por otra.

Supresión de los comisarios regios de enseñanza en las Escuelas Normales, y que el nombramiento de director o subdirector de estos centros sea hecho por el ministro de Instrucción pública, a propuesta unipersonal del claustro de profesores. Cuando el claustro se incapacite para hacer estas propuestas, los directores serán nombrados por el ministro; pero en ningún caso el encargo durará más de tres años, a no ser por acuerdo de los profesores de la escuela.

Habilitación del título de maestro de primera enseñanza para el ingreso en las Facultades universitarias.

Reforma de las Escuelas Normales, dentro de estas bases:

Ingreso de los alumnos, mediante oposición, a un número limitado de plazas; provisión de las escuelas nacionales por los claustros de las Normales, de acuerdo con la Inspección; cinco años de estudio y un curso de prácticas, con cuestionario único y público, para obtener el título de maestro; instalación adecuada de las Normales, con laboratorios, biblioteca, salas de trabajos manuales, campos de experimentación agrícola, campo de juego, etc.; restablecimiento de los ejercicios de reválida; organización de la Escuela Normal única, con dos secciones autónomas, integrada por los profesores, inspectores y personal administrativo, con una representación de los maestros nacionales y de los alumnos, suprimiéndose las actuales Juntas provinciales, de modo que la Normal intervenga en los servicios de la enseñanza.

Ampliación de dos grados en la escuela práctica, iniciándose la especialización en determinadas enseñanzas.

Supresión de los actuales auxiliares, respetándose los derechos adquiridos, y su sustitución por ayudantes retribuidos, nombrados entre los alumnos por los claustros de las Normales.

Introducción del diario de clase y obligación para el profesor de fijar mensualmente en el tablón de anuncios un resumen de la labor realizada.

Oposición a la venta ilícita de libros, programas y apuntes, llegando los claustros a la denuncia pública de estos hechos.

Supresión de las autorizaciones concedidas para las prácticas de enseñanza en establecimientos privados.

Ensayo del internado en las Normales, concediéndose a éstas los medios necesarios.

No es posible reducir a un breve comentario cuestiones tan diversas e interesantes, y así, nos limitaremos a recoger algunas de las más esenciales.

x

La Asamblea ha tocado, por primera vez en estas reuniones, el tema de la dirección de las Escuelas Normales, enlazando este asunto con el relativo a la supresión de los actuales y numerosos delegados regios. La frecuencia con que la superioridad acude al nombramiento de éstos —decíamos recientemente—, muestra que la selección del personal director no se verifica siempre atendiendo a las condiciones necesarias para desempeñar las funciones que le están encomendadas. Son éstas de tal delicadeza, exigen un tacto, una autoridad moral y científica tan sobresalientes; suponen a la vez una flexibilidad y entereza, una rectitud y una benevolencia, una comprensión y un criterio tan amplios, que nadie ha de considerarse lastimado si, pudiendo ser un profesor excelente en su cátedra, no se le estima dotado de las mismas garantías par asumir la responsabilidad superior en la escuela a que pertenece.

Por esto, si creemos acertada la elección de director dentro de los claustros, como propone la Asamblea, no coincidimos con ésta en la limitación del plazo que establece, con una última salvedad, para el ejercicio del cargo. Todo plazo recortado da a la función cierto automatismo administrativo que dificulta la noble expansión de las iniciativas y de los influjos fecundos, siempre lentos en el resultado. El director elegido por sus compañeros, en un movimiento de cordial y respetuosa estimación, debe serlo mientras lo merezca y responda a la confianza y a la esperanza que se le entregan; ello sin que sobre su cabeza pese ningún término fatal y enervador.

x

Insiste el profesorado normal en establecer una separación entre los estudios generales o pedagógicos y las prácticas de enseñanza, que relegan a un quinto curso escolar. Algo se ha adelantado desde la anterior Asamblea, puesto que en ella se habló de un quinto año dedicado exclusivamente a las prácticas, las cuales realizarán los alumnos al lado de los más prestigiosos maestros de la provincia. Y aunque ahora nos pareció advertir en el profesorado normal un mayor deseo de acercarse a la escuela pri-

maria, como lo evidencia su posición en el asunto de las autorizaciones concedidas para verificar las prácticas, sin embargo, creemos no se ha llegado todavía a plantear la cuestión adecuadamente. Nuestro modesto punto de vista coincide en este caso con altas palabras pronunciadas en el Congreso de las Ciencias, de Bilbao:

«La misión de las Escuelas Normales no debe ser otra que lograr que el maestro participe a diario, desde el primero al último día de su carrera, puesto en directo contacto con el niño y dirigido en sus ensayos y tanteos por la ilustrada experiencia de sus profesores.»

x

Otras varias cuestiones ha debatido la Asamblea, que ya sólo podemos enumerar: el ingreso de los alumnos en las Normales; la instalación adecuada de éstas; la colaboración de los auxiliares y ayudantes; la inspección del trabajo de las clases; el feo negocio de los libros de texto; el problema del internado, y, sobre todo, la amplia concepción de la Escuela Normal como hogar y centro de la vida escolar en la provincia, tema que merece ser considerado otro día con la atención y tiempo necesarios.

Luis SANTULLANO

EDUCACIÓN ESTÉTICA

Las excursiones artísticas

Obsérvase actualmente un fenómeno análogo al que en el siglo XII produjo el éxodo de los maestros de artes, que al emigrar en París, primero al Petit Pont y luego a la montaña de Santa Genoveva, formando el famoso barrio latino, establecieron cátedras al aire libre y emanciparon la enseñanza de rutinarias tuteladas. De igual modo la pedagogía moderna amplía su radio de acción lejos de los deficientes y lóbregos edificios escolares y de las vetustas aulas universitarias, aproximando el alumno a la Naturaleza con instituciones tan pedagógicas y humanitarias como las cantinas escolares, los sanatorios infantiles, las colonias veraniegas, los viajes, paseos y excursiones, que representan procedimientos de profilaxis sanitaria y social, por aislar a los alumnos de su medio habitual, a veces deprimente, y transportarlos a otro, saturado de oxígeno para la vida física y de ideales para la vida del alma.

Por eso, entre los trabajos complementarios de la escuela figuran en primer término las excursiones artísticas y científicas —verdaderas cátedras al aire libre—, donde la niñez y la juventud se educan en el culto de la Naturaleza y el Arte.

Aunque en España la educación estética se halla tan desatendida en la escuela y en el hogar, las excursiones van generalizándose. Miradas en un principio con la hostilidad que aquí provoca todo lo nuevo, hoy las realizan numerosos Centros de enseñanza de Madrid y de provincias; pero no basta: así como se ha propagado la institución de los exploradores, deberían crearse exploradores de Arte, iniciarse verdaderas cruzadas estéticas encaminadas al conocimiento, exploración y defensa de nuestros tesoros artísticos, para evitar la repetición de casos tan lamentables como los del busto de Elche o el tesoro de Guarrazar.

Quizá ningún recurso pedagógico posea la eficacia cultural y educativa de las excursiones, verdaderas fiestas del espíritu y del corazón —como diría Berta de Suttner—, fiestas en que se entona con unión estética la «Oración en la Acrópolis» al contemplar en un Museo las reproducciones del Partenón; en que se recuerdan jaculatorias teresianas al hollar los campos abulenses; se recitan versos de Garcilaso al cruzar la llanura de la Sagra; se leen párrafos de Navarro Ledesma al vagar de Illescas a Esquivias, o se evoca, con «Azorín», a «La novia de Cervantes» al visitar la casa de doña Catalina Palacios de Salazar.

Un oleaje de impresiones nuevas invade el espíritu, y en el ambiente histórico, social y estético que constituye el alma de las viejas ciudades, surgen con plástico relieve las figuras reales o literarias que erraron por los templos góticos, por las callejas morunas, por los arábigos patios, por los almenados adarves. La intensa silueta de la «Ilustre Fregona», en el mesón toledano, contrasta con la

doliente evocación de «Inés» en plena vega, radiante de luz; al mágico conjuro de las estrofas de Zorrilla; la romántica poesía de las leyendas de Bécquer, que prestan vida a cada piedra, a cada encrucijada toledana, contrasta con la franca sátira, con el sutil discreto de Rojas, creador del señor de los cigarrales, como la moderna visión que de Toledo nos ofrecen los contemporáneos —Galdós, Blasco Ibáñez, Azebal, López Roberts— presentando dolores palpitantes, dudas disolventes, almas abúlicas, implica rudo contraste con la fe y el arrojo de los héroes, prelados, caballeros, faquires y rabinos de las leyendas, y este choque de idealidad y de realismo, esta amalgama histórico-legendaria, eleva y extasia los espíritus juveniles, haciendo que las excursiones constituyan, no sólo la síntesis de los trabajos de clase, sino una ilusión colectiva acariciada durante todo el curso.

Por eso, la más franca expansión hace inolvidables los alegres almuerzos en el Miradero, las comidas en el huertecillo de Santa María la Blanca o en la Vega y los animados juegos en los jardines de El Escorial, cuando, cerrado el Monasterio, las sombrías impresiones que parecen encarnadas en el «Miserere» de Núñez de Arce ceden su turno a la alegría de la vida y de la juventud.

La excursión deja tras sí una estela de cordialidad, de simpatía, de alegría franca, que se esparce por las sombrías criptas, por las amplias girolas y hasta en el patio de los Evangelistas, solemne como una consagración litúrgica; las hierbas que orlan las losas, holladas sólo por la grave sandalia de los frailes, se estremecen de asombro al ser apenas desfloradas por leves pies femeninos.

Esta atracción efusiva vuelve comunicativos a los espíritus más reconcentrados o huraños, y nunca falta un lego bondadoso o un jardinero galante que despoje de flores los severos patios claustrales o los coquetones huertecillos de las antiguas sinagogas, para obsequiar a las excursionistas, siendo tal la penetración de ideales, la irradiación de confianza, que triunfa hasta del medio hostil, atrayendo a los zahareños campesinos, absortos al ver que las glorias regionales, desconocidas por ellos, promueven estas peregrinaciones estéticas que preconiza el insigne Cossío, no sólo como un medio, sino como un deber para la difusión de la cultura.

El regreso resulta encantador, y el trabajo compartido alegremente, el entusiasmo artístico, la espontaneidad de las controversias, sostenidas sin imposición de criterio, patentizan la profunda verdad con que afirmó Tolstói que «la moderna misión del Arte consiste en realizar la unión fraternal entre los hombres».

Magdalena S. FUENTES
Profesora de Escuela de Estudios Superiores del Magisterio

DESDE ALEMANIA

El "Deutsche Museum", de Munich

Es el «Deutsche Museum» uno de los nombres que con más insistencia persiguen la atención del visitante de la capital bávara; lo lee en tranvías y carteleras, escrito en anuncios pequeños y sobrios, donde se le define como «Exposición del desarrollo de la ciencia y de la industria. Obras maestras de las ciencias naturales y técnicas». Cuando el visitante se decide a comprobar título tan ambiguo, el plano de la ciudad le conduce a través de una de las vías principales, no lejos de las orillas del río Isar, y le detiene, finalmente, ante uno de esos amplios y macizos edificios que tanto prodiga la arquitectura germana, donde, previo el modestísimo pago de 20 céntimos de marco, experimenta toda persona amante de los estudios científicos una sensación de fruición espiritual verdaderamente nueva.

Supongamos, por ejemplo, que hemos penetrado por la sección Astronómica. Una vasta sala, conteniendo diversidad de aparatos científicos para la investigación y la enseñanza de la Astronomía: planetarios, heliómetros, cronómetros de precisión, etc., se ofrece a nuestros ojos. Todos ellos, procedentes de fábricas alemanas, han sido donados por diversas entidades científicas: las Academias de Ciencias de Berlín, Munich, Koenigsberg, el Instituto Astrofísico de Heidelberg, etc., y algunos instrumentos, enfocados hacia las ventanas de la sala, permiten al profano, mediante un juego de contactos eléctricos, una inmediata y atractiva comprobación experimental. Una vitrina con el título de «Desarrollo de los instrumentos para determinar la posición de las estrellas en la esfera celeste» encierra una colección de telescopios, cuadrantes, etc., de diferente tipo, ordenados según la dirección cronológica de su perfeccionamiento gradual, desde los antiguos aparatos de Galileo y Newton hasta los modernísimos, perfectos y complicados recién salidos de la Casa Zeiss. En una mesa de enfrente se ofrece la «evolución del reloj de sol», donde, al lado de modelos contruñidos expofes para el Museo, figuran algunos auténticos astrolabios medievales.

En el centro de la sala, un gran planetario de cerca de un metro de diámetro nos presenta el panorama de nuestro sistema celeste, según la explicación copernicana. Bajo la presión de un botón eléctrico, aquellos diminutos planetas se ponen en marcha, girando, con todo su cortejo de satélites, en torno de la esfera dorada central, que representa al sol; y los sutiles engranajes de la máquina respetan tan fielmente la relación entre las diversas velocidades de los astros, que de un solo golpe de vista podemos admirar, desde la graciosa movilidad de los satélites de Marte, hasta la lentitud grave y pesada de la luna.

Más allá tropezamos con otra máquina semejante; pero en ella es la tierra la que ocupa, inmóvil, el centro del sistema: es la concepción Ptolomeo. No lejos, un pequeño armario contiene un planetario de cobre y varios relojes de sol, que, según indicación adjunta, pertenecieron a Tycho-Brahe; y unos planos, acompañados de unas curiosas láminas antiguas, nos ilustran acerca de los observatorios, mitad centros de investigación, mitad escuelas de enseñanza, fundadas y dirigidas en la isla Huen por este astrónomo genial. Las paredes de las salas están cubiertas de mapas estelares, espectrogramas, fotografías lunares, planos de observatorios célebres y curiosos dibujos de planetas sintetizando los conocimientos astronómicos de diversos siglos.

Si pasamos a la sala inmediata siguiente, hallamos diversas colecciones de aparatos de Geodesia y Topografía, ordenados con sujeción a idénticos criterios. Más allá está la sala de Matemáticas, con abundancia de sólidos geométricos y diferentes modelos de curvas, realizados en alambre, y de carteles murales.

La próxima sala, de Mecánica, contiene esos ingeniosos aparatos de Física que estamos acostumbrados a contemplar en España como parte decorativa de nuestras colecciones escolares y que en el Museo se hallan en manos del público, que puede comprobar personalmente las leyes del péndulo y del plano inclinado, el principio del paralelogramo de las fuerzas, etc., cuyos enunciados aparecen escritos al frente del correspondiente aparato. En un extremo de la sala fun-

diona una poderosa bomba aspirante, aneja a los instrumentos de demostración en que es necesario utilizar el vacío, y no muy lejos, una balanza sosteniendo la columna del rey Hieron en equilibrio con un pedazo de metal dorado, sobre sendos recipientes de agua, nos sugiere con el recuerdo de Arquímedes el principio fundamental de Hidrostática.

Las siguientes secciones desarrollan de un modo semejante los restantes capítulos de la Física. Sólo la Óptica dispone de dos salas enteras, entre cuyas curiosidades recuerdo, por ejemplo, una riquísima serie de microscopios, personificadora de la evolución progresiva de este instrumento hasta los últimos perfeccionamientos introducidos por Abbe; una vitrina en que, partiendo del conocido experimento de Newton (que el público, por sí solo, puede repetir), se resume el desarrollo del estudio espectral, con exposición de algunos de los instrumentos originales utilizados por Fraunhofer en sus conocidos trabajos, y, finalmente, en Óptica fisiológica, acabadísimos modelos en gran tamaño, entre otros, el del ojo humano, en cuyo interior, bañado por líquidos de conveniente coloración y refringencia, se puede observar perfectamente la marcha de los rayos luminosos, las alteraciones causadas por interpolación de lentes, etc. Todos los aparatos están íntegros, en perfecto estado de conservación y limpieza, acompañados de extensas notas individuales indicando su finalidad y mecanismo.

A continuación vienen las salas de Térmica, Acústica, Electricidad y una pequeña dedicada al estudio del movimiento vibratorio. Adjunta a la vasta sala de Electricidad existe una sección de Radiología, donde, además de una magnífica colección de tubos Crookes, minerales radioactivos, etc., se encuentra un pequeño gabinete Roentgenológico, punto de visita preferido del público infantil, que acude allí para colocar detrás de la maravillosa pantalla sus manecitas bien extendidas.

Las dependencias descritas están prolongadas por otras no menos numerosas, consagradas a la evolución de las ciencias químicas.

Para no alargar este artículo no detallo como se merecen: la sección de Química agrícola, donde se encuentran, minuciosamente explicados, los modelos de los experimentos clásicos de Liebig, Boungault, etc.; ni la deliciosa reconstitución de un laboratorio medioeval de Alquimia, con muchos utensilios auténticos; ni la exposición de aparatos procedentes del laboratorio de Liebig y usados personalmente por este famoso químico en sus investigaciones; ni las secciones de Química industrial, de materias colorantes, Química física, etc. Si he de recordar un curioso árbol genealógico de 100 de los productos químicos más usuales en técnica, representado por un conjunto de recipientes conteniendo muestras de cada uno de los productos citados, y dispuestos en una de las paredes de la sala, de modo que las posiciones respectivas reflejan sus relaciones de derivación. Asimismo es digno de mención un curioso dispositivo automático, mediante el cual puede realizar el visitante un ejemplo sencillísimo de análisis cualitativo.

La parte dedicada a la industria es tan extensa, que, sobre ocupar todo el piso primero del edificio, ha exigido la construcción—que se está llevando actualmente a cabo—de un nuevo pabellón en una de las islas cercanas del Isar. En esta sección se destacan completísimas colecciones representativas de la evolución histórica del arado, de la locomotora, de la cámara fotográfica, de las máquinas fundamentales en las industrias textiles, litográficas, etc.; una mina de carbón curiosamente habilitada en unos corredores subterráneos del edificio; modelos mecánicos de diversas instalaciones y secciones de fabricación: altos hornos, laminación, forja, fundición y soldadura metálicas en la Casa Krupp; industrias agrícolas de la cerveza, etc. La perspectiva es tan completa, que en las últimas salas puede estudiarse el desarrollo de los modernos dirigibles que hacen servicio regular de transporte de pasajeros.

No teniendo este artículo otra finalidad que ofrecer al lector una impresión general del contenido del «Deutsche Museum», reservo el examen de la función que esta institución cumple, desde el punto de vista educativo, dentro del sistema general de la enseñanza.

S. DUÑAITURRIA

Profesor de Escuela normal.

Munich, diciembre de 1920.



Los grandes de España, presididos por el decano de la Nobleza, marqués de la Mina, en su reunión anual celebrada en los salones de Palacio. (Foto Alfonso.)

DESDE FRANCIA

El estudio del idioma español

Al final de unas notas dedicadas al estudio del idioma alemán en Francia, aludamos brevemente, hace unos días, al importante movimiento que en favor del estudio de nuestra lengua tiene lugar en los Estados Unidos.

En Francia también, en las regiones del Mediodía principalmente, ha habido siempre aficionados a la cultura española y personas especializadas en el conocimiento de nuestra literatura. Los nombres de los más notables hispanistas franceses son sobrado conocidos entre nosotros para que nos detengamos a citarlos en esta ocasión. Por otra parte, y como una secuela de este movimiento, el Instituto Francés, de Madrid, desarrolla, desde hace bastantes años, una actividad que siguen con interés cuantas personas prestan alguna atención a este género de cuestiones. Sin embargo, este movimiento, de extraordinaria importancia, sin duda ninguna, habiendo partido de las Universidades, se mantenía estrictamente en un terreno científico, por lo cual en España interesaba casi exclusivamente a los filólogos y a los eruditos. En el término de algunos años las cosas han cambiado de tal modo, que en la actualidad este movimiento presenta, en algunas regiones francesas, un interés mucho más amplio. En efecto; de las Universidades ha pasado el estudio de nuestro idioma y de nuestra literatura a muchos centros de segunda enseñanza, y ha penetrado incluso en establecimientos de primera enseñanza superior. Para no hablar sino de lo que se me ofrece a la vista, resumiré en algunas cuartillas lo que ha ocurrido a este respecto en Montpellier. Pero con objeto de apreciar mejor el actual estado de cosas, veamos rápidamente sus orígenes.

Después de la guerra del 70 los organizadores de la enseñanza en Francia, deseando aprovechar las lecciones que el desastre les había proporcionado, volvieron su atención hacia Alemania. Tuvo comienzo entonces un período de reorganización, durante el cual Francia adoptó muchos de aquellos principios que en Alemania habían tenido un éxito brillante desde el punto de vista de la organización nacional y de la formación de los ideales nacionales. La enseñanza del alemán se generalizó en las Universidades y se introdujeron en parte los métodos alemanes. El espíritu uniformista del poder central aplicó en todas partes las mismas medidas y adoptó los mismos procedimientos. Esta excesiva uniformidad no tardó en provocar algunas protestas, y al cabo de algunos años existía ya lo

que podemos denominar *regionalismo pedagógico*. Sus partidarios, basándose en el hecho de la diversidad regional y en el principio de que cada región tiene sus caracteres, sus intereses y sus necesidades, pedían una mayor flexibilidad en la organización de la instrucción pública, de manera que permitiera, en la medida de lo posible, adaptar la enseñanza, en todos sus grados, a las necesidades de cada región. Bien está, decían, que se estudie el inglés y el alemán; pero ¿por qué imponer estos dos idiomas, el último principalmente, por todas partes de un modo casi exclusivo? Así es, que cuando el italiano y el español fueron admitidos en igualdad de circunstancias con el inglés y el alemán, en los programas de los centros de segunda enseñanza, en algunos centros profesionales y aun en las escuelas primarias superiores (institución que en España no tiene equivalente, y de la cual hablaré en otra ocasión con más detenimiento), esto fue considerado como «una verdadera revolución universitaria», según las palabras del distinguido hispanista M. Jean Amade, profesor de castellano en la Universidad de Montpellier.

«El Mediodía de Francia—decía monsieur Amade—tiene en efecto necesidad de estas dos lenguas, cuyo estudio aparece especialmente indicado en nuestros grandes y pequeños establecimientos de educación nacional, sin omitir las Escuelas de Comercio y de Artes y Oficios. Sería superfluo añadir que la enseñanza de las lenguas meridionales corresponde mejor que la de las del Norte al espíritu y al temperamento de los alumnos del Mediodía de Francia.» (M. Amade: *L'idée régionaliste*.)

¿Cuáles fueron los resultados de esta medida? Tan brillantes desde el primer momento, que sobrepasaron las esperanzas de los más optimistas. En otro capítulo de la obra que acabamos de citar, M. Amade presenta como caso típico el de la Escuela de Comercio de Montpellier: las Casas comerciales e industriales que quieren organizar su mercado, ya en España, ya en Marruecos, han acudido en tan gran número a los alumnos de esta Escuela, que en la actualidad la práctica del español, por sí sola, asegura a la mayoría de ellos una colocación inmediata.

En pocos años la enseñanza del castellano hizo así en Montpellier progresos extraordinarios. Los datos que doy a continuación ponen de manifiesto estos progresos, que durante algún tiempo habían estado como detenidos. En 1905 se enseñaba el castellano en los siguientes centros:

- 1.º Escuela primaria superior de muchachos, con un profesor de español.
- 2.º Escuela Normal de Maestros, con un profesor y un repetidor.
- 3.º Escuela de Comercio, en la cual

había sólo un profesor y la enseñanza no estaba regularizada como en la actualidad.

4.º Universidad, cuya cátedra de castellano desempeñó primero M. Martinenche, al cual sucedió M. Henri Merimée y a éste M. Amade, que la ocupa actualmente.

A partir de aquella fecha el castellano ha sido introducido:

1.º En el Liceo de muchachos, en el cual hasta octubre de 1918 no había más que un profesor, y nuestro idioma se enseñaba sólo en los tres últimos años. Desde aquella fecha hay dos profesores y el castellano se enseña desde el primer curso.

2.º En el Liceo de muchachos, donde hay actualmente una profesora de español.

3.º En la escuela primaria superior de niñas, con una profesora.

Por otra parte, en la Escuela de Comercio esta enseñanza se amplió y perfeccionó notablemente. Además, se trata de introducir nuestro idioma en la Escuela Normal de Maestras para el curso próximo.

En la Universidad hay un profesor y un lector de español. Entre las licenciaturas que se preparan en la Facultad de Letras cuatro corresponden a las lenguas vivas: inglés, alemán, italiano y español. Cada una de estas licenciaturas constituye, naturalmente, una especialidad.

x

Los fines que se persiguen con la enseñanza del castellano varían, naturalmente, según el carácter de los Centros en que se da esta enseñanza. En un establecimiento como la Escuela de Comercio, se persigue con ella un fin práctico y utilitario. En los establecimientos de segunda enseñanza, en la Escuela Normal, y desde luego en la Universidad, se estudia nuestro idioma con un fin «humanista» y desinteresado. Si los maestros de estas regiones del Mediodía de Francia estudian el castellano, no es con objeto de preparar un ejército de invasión comercial e industrial, sino para ampliar sus horizontes espirituales por el contacto con una cultura extranjera tan original y tan rica como la nuestra de otros tiempos. Esta es la tristeza: de otros tiempos. De un modo terminante hacen constar las recientes instrucciones que acompañan a los nuevos programas de las Normales los fines que en estos Centros deben perseguirse con la enseñanza de las lenguas vivas: ampliar el horizonte y perfeccionar la cultura de los maestros, por lo cual esta enseñanza debe ser menos utilitaria que hasta ahora lo ha sido, y, sobre todo, más educativa.

Florentino M. TORNER

Profesor de Escuela normal

Montpellier, diciembre 1920.

EDITORIAL MUNDO LATINO

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

Plaza del Cordón, 1, bajo

Teléfono M 3.052

Talleres: Dr. Fourquet, 4

Apartado 502

Librería: Caballero de Gracia, 28 (frente al Casino Militar)

Director literario: M. CIGES APARICIO

EXTRACTO DEL CATALOGO GENERAL

Obras completas de Rubén Darío

22 volúmenes lindamente ilustrados por C. Ochoa.
Precio, 4 ptas.
Colecciones especiales de lujo.

Obras completas de Gómez Carrillo

Van publicados 16 volúmenes al precio de 4 ptas.
Encuadrados en tela, 5,50 ptas.

Obras completas de Villaespesa

12 volúmenes, a 3 ptas.

Obras completas de Carrère

Publicados 12 tomos, con ilustraciones de Ochoa, Mansberger, Máximo Ramos y otros.
Volumen, 3,50 ptas.

Teatro completo de Ibsen

14 volúmenes, a 4 ptas.

De José Francés

El alma viajera, La mujer de Nadie, El muerto, La ruta del Sol (2.^a edición), Como los pájaros de bronce (2.^a edición). Volumen, 4,50 ptas.

Del "Caballero Audaz"

La bien pagada (5.^a edición), Desamor (6.^a edición), En carne viva (2.^a edición), La virgen desnuda (3.^a edición), Lo que sé por mí (9.^a serie).

En prensa: La sin ventura.

De López de Saá

Los indios vuelven, Bruja de amor, El amigo de Sol, Por un milagro de amor, Las épocas que se van.

De Rafael Cansinos-Assens

Las cuatro gracias, La madona del carrousel, En la Tierra florida.

Colección de Autores Extranjeros

Pídase el Catálogo general, en el que figuran los más afamados autores universales, traducidos por Felipe Trigo, Répide, Cansinos, González-Blanco, Ballesteros de Martos, Pellicena y otros.

Mansberger y otros

En preparación: Obras completas del gran poeta francés P. Verlaine, traducidas en verso por los poetas españoles Emilio Carrère, Díaz Canedo, Fernández Ardavin, Bacarisse, Puche y otros.
Obras del gran literato italiano Guido de Verona y del gran poeta y novelista Carl Spitteler (Premio Nobel de Literatura).

Pídase el Catálogo al apartado 502. Madrid

Almoguera, dibujo.

Ayuntamiento de Madrid